

# Anheron

## I - Sentimientos de Cuero y Acero

Jorge Díez Miguélez

## Prefacio

“El Abeto Rojo, curioso nombre para un lugar como este. Ante todo es original, eso no se puede discutir”.

Una sobria lámina de madera colgaba sobre la entrada del establecimiento, anunciando el nombre del mismo a los viandantes. Un grabado sobre su superficie, de no muy exquisita manufactura, representaba un árbol de la homónima especie de la que daba nombre al establecimiento.

Eran pocos los pasos por recorrer antes de plantarse ante la pesada puerta de oxidados goznes, aderezada con un metálico puño a modo de picaporte. Su aspecto lisonjero y su pintoresca estructura contrastaban con su ubicación en los arrabales de la población, mas los personajes circundantes a ella prometían ser más acordes con la misma. Algo habitual en estos días, donde el temor y la ignorancia parecían ser la nota común en todos los seres de Anheron.

La noche había caído horas atrás y el oscuro ambiente era extremadamente frío. El vapor fluía con desgana desde el cálido interior de la capucha a despecho del gélido medio exterior. Ascendía en una inconsistente y anodina columna en busca de los lejanos astros, contrastando con el haz de luz del fanal que iluminaba la entrada. Su luz era mezquina, a duras penas permitía leer el nombre de la posada en el cartel anunciador.

Poca era la gente que había en derredor. Un par de hombres acomodando sus monturas en el establo situado a la derecha del edificio y una figura enjuta que se alejaba camino arriba de un modo un tanto endeble, merced a los licores que, a buen seguro, habría consumido en el recién abandonado local. El frío y la insegura noche no invitaban a disfrutar de su compañía. El único evento digno de interés era el asombroso mosaico monocromo de luz que era la bóveda estelar. El cielo estaba límpido, transparente; la helada descendía implacable, a plomo pero con lentitud, en una elegante transparencia.

Töll observaba desde su relegada posición, esperando una decisión. Su férrea y gruesa piel grasa le aportaba una buena defensa ante las extremas temperaturas, pero no era inmune a ellas. Sus enormes ollares se dilataban y contraían rítmicamente emanando nubes inmensas de vapor, como si se tratase de diminutos volcanes fraguando su erupción. La lengua colgaba lánguida entre los dientes puntiagudos. Sus pequeñas y puntiagudas orejas retraídas hacia la parte superior de su cabeza mostraban su posición de espera.

Un acto de sugestión, de encomiable mérito por parte de su cerebro, consiguió convencer a su mano derecha de que abandonase su suave y arropado refugio bajo las mangas de la túnica. Con sus dedos aferrados ya a la argolla de la puerta giró su cuerpo para dar un último vistazo al exterior antes de entrar en la taberna. Nada reseñable en la calzada, cuya superficie comenzaba a quedar perlada y humedecida, mostrando el rastro tenue de sus dispares huellas. El establo, sin apenas ocupación, presagiaba la deseada discreción que esperaba disfrutar. Los dos hombres seguían mimando a sus equinos mientras dialogaban con énfasis sobre el mejor tipo de heno y de forraje para los caballos.

Dejó caer su peso hacia atrás y la puerta cedió lentamente con un quedo chirriar, legado de los numerosos años que aparentaba la misma. Parecía manifestar una queja por hacerla abandonar la relajada situación de reposo. Le costó mayor esfuerzo del esperado.

Una oleada de vapor les dio la bienvenida al establecimiento, penetrando por los recovecos de la capucha y bañando de un pegajoso aroma a alcohol y sudor rancio su rostro y su cabello.

No era esta una más de las innumerables veces que se abría la puerta a lo largo de cualquier noche. Desde que la primera persona que reparó en su presencia fijó su mirada en su efigie, todos los ojos de la sala se fueron clavando en sus figuras escudriñadores y suspicaces. Al mismo tiempo, las conversaciones se iban extinguendo y un murmullo iba llenando el espacio dejado por los insonoros vocablos en el humeante ambiente.

El sitio estaba casi repleto, no esperaba tal circunstancia, hubiese preferido soledad y discreción. Era obvio que no estaba siendo un grato recibimiento.

Una muchacha joven y delgada, de tez clara y con apariencia de no haber llegado aún a la veintena, se acercó y se ofreció para que la acompañase el recién llegado.

Un taburete y una pequeña mesa redonda situada en un rincón junto al mostrador era su destino. A medida que pasaba entre las mesas las cabezas se iban girando a su par. Los repulgos de la túnica ondeaban y rozaban juguetones las patas de sillas y mesas a su paso. El silencio se había apoderado de la taberna, la llegada del nuevo invitado inquietaba sobremanera a la parroquia que seguía prendada de su persona con reconcomio. Su presencia no era grata, como en casi todos los lugares habitados de Anheron, pero eso era algo que había asumido hacía ya mucho tiempo.

Töll giraba la cabeza hacia los soliviantados observadores y dejaba entrever sus afilados colmillos asomando de su enorme boca. Sus gruesas garras marcaban un sonido rasposo al avanzar sobre el suelo de madera. Su garganta emitía un rebufo de rugido fraguándose a la espera de cualquier excusa para ser emitido.

- Tome asiento aquí, por favor – le invitó la afable camarera.  
- Gracias muchacha – emanó del fondo de la capucha una voz suave y ahogada.

Recogió con cuidado los negros pliegues y, sujetando los numerosos saquitos que colgaban del cinturón labrado, tomó asiento en el taburete; de espaldas al muro y encarando a la multitud de miradas acusadoras por algo que no sabían de qué se trataba.

- El animal quizás estaría mejor en el exterior... - comenzó a insinuar la mesera casi con timidez.

- No. Estará bien aquí – zanjó secamente -. No dará problemas. - Su fiel mascota se repantigó en el suelo con la cabeza alzada, alerta a todos los detalles.

La voz del posadero surgió de la nada como un filo despedazando manteca y cercenó el silencio de raíz.

- ¡No puedo consentir que en El Abeto Rojo se diga que la gente no se divierte! Viendo lo poco animada que está la noche, ¡me veo obligado a invitarles a todos a una ronda de cerveza! -. Se agachó bajo la barra, y con

arrojo patente en su colorado rostro congestionado por el esfuerzo, dejó caer con torpeza un barril de cerveza, probablemente aguada.

La propuesta del tabernero fue recibida con ánimo por todos los asistentes que irrumpieron en vítores y chanzas. Progresivamente fueron perdiendo la atención prestada al encapuchado personaje en pos de gritar a la solitaria camarera para que llenase presta su jarra y no perdieran su ración.

Las palabras del hombrecillo habían intentado distender la tirantez reinante y, a pesar de su entonación jovial y despreocupada, cierto tinte de inquietud tildó todas sus palabras.

La repentina maniobra de distracción había resultado tan efectiva que parecía incluso se habían olvidado de atenderle. Pero no importaba, esperaría pacientemente su turno, tras el forzado despilfarro de medios empleados en mitigar los efectos de su irrupción. Hubiese sido muy fácil para el tabernero echar a su persona a la fría noche ante el descontento general apreciado en los clientes. Empero, quizá por consideración, quizá por temor a su persona, había optado por la opción más complicada, y menos rentable sin duda. En todo caso, le había ahorrado unos cuantos problemas.

El grupo de asistentes era sobradamente numeroso. La sala se encontraba repleta, con una treintena de personas a cual más peculiar. Un grupo de enanos mineros daban buena cuenta de las enormes jarras de cerveza que habían recibido como premio a ser los más alborotadores a la hora de gritar y vocear para conseguir turno al recibir el dorado elemento. Era una raza extremadamente reticente ante la magia que no fuese la propia de los encantamientos y oraciones imploradas a Annor, su dios. Por ello, todavía desafiaban su mirada, que despuntaba desde las profundidades de la oscura concavidad que ocultaba aún su rostro.

Apurando el espumoso fondo de sus jarras, intercambiaban comentarios que no podía descifrar entre la maraña de pelo y espuma que envolvía sus labios. Pero, sin duda, era el centro de la seria conversación sazonada con miradas sesgadas hacia su ubicación. El contenido era posible de adivinar sin esfuerzo, eran tan estereotipados estos hombrecillos que casi no guardaban ya ningún misterio.

Como no podía faltar en toda tasca que se precie, un grupo de viajeros armados ocupaba un par de bancos arrimados a una de las mesas que había

junto a la puerta de entrada. Por las formas, era fácil dilucidar que su destreza y sus honorarios no se generaban en el campo de batalla precisamente.

Pero no se trataba de un grupo solo, sino que la continuación de la ronda de reconocimiento reveló que podían ascender a tres los grupos de compañía tan poco grata.

El resto del público eran vecinos del lugar ociosos y con gran gusto por las viandas de la casa; o viajeros o peregrinos que habían tomado el local como lugar de descanso. No se fijó mucho más en ellos, ya que la voz del mesonero llamó su atención.

- ¿Qué desea tomar, forastero? – inquirió el mesonero apoyando su macizo corpachón sobre el mostrador. Parecía que, tras atender el primer alubión de gargantas sedientas y oportunistas, había decidido mostrar al problemático recién llegado que no había caído en el olvido.

- Algo de cena, pero que sea comestible, y una copa de vino.  
- Le traeré un plato de patatas picantes, que es el menú de la cena, y luego de probarlas, podrá juzgar la calidad de mis productos.

Con una mueca socarrona levantó la prominente barriga de la superficie del tablero y se dirigió a la cocina a pedir otro plato para el encapuchado.

Le estaban gustando los modos y la solvencia con que manejaba el ambiente el posadero, y también la muchachita que hacía las veces de camarera. Era encomiable como habían relajado una situación que podía haberles traído malas consecuencias.

El tabernero regresó enseguida con el plato de lustrosas patatas, un cubierto y un vaso de vino. Deleitó al animal con una desconfiada mirada que fue devuelta acrecentada, y depositó el yantar sobre la mesa. Al recién llegado tampoco le pasó desapercibido el detalle de ser servido por el anfitrión, mientras que el resto de mesas eran atendidas por la muchacha.

- Gracias por la celeridad del servicio, maese...  
- Centenford, señor. Pruebe la comida y déme su veredicto, a ver si le parece tan mala como suponía.

Con lentitud, el convidado partió un pequeño trozo de las humeantes patatas y lo degustó acompañado de un sorbo de vino. El tabernero siguió con la mirada el trayecto de la comida hasta que desapareció entre las sombras de la capucha, presumiblemente para introducirse en la boca del comensal.

- Muy buenas, sí señor. Felicite a la cocinera con mis más sentidos elogios – un plato de tal calidad tenía que haber sido preparado por una mujer –. No es nada habitual degustar manjares tan sabrosos en este tipo de establecimientos.

- Gracias de nuevo, en mi nombre y en el de mi esposa, que es la cocinera. Pero, con todos mis respetos, ¿cree que si la comida y los licores no fuesen de calidad, tendría la posada atestada de parroquianos?

El cliente asintió con la cabeza y sonrió de buena gana, aunque maese Centenford no pudo apreciar el detalle. La observación había sido muy suspicaz.

El orondo hombre se dispuso a atender otros quehaceres limpiándose las curtidas manos en el delantal, gastado y emborronado por el uso, pero dejando entrever que se lavaba con frecuencia.

- Maese Centenford...

La voz suave y sosegada del misterioso personaje le hizo girarse de nuevo y volver a prestarle su atención.

- Se encuentra incómodo por mi presencia y el malestar que ocasiona la misma entre su distinguida clientela, eso es obvio. Pero no alcanzo a entender cuáles son los motivos que le empujan a tratarme con tanta zalamería.

El posadero no pudo ocultar su nerviosismo, y frotando y refrotando sus manos una y otra vez respondió con toda la entereza que pudo.

- Es un forastero, señor. Intento que todos los clientes que pasan por mi taberna se vayan con la mejor impresión posible. Así tendrán un grato recuerdo la próxima vez que tengan que escoger lugar de descanso en Millandras... No se me olvida ninguna cara, y a tenor de mi larga experiencia, da buen resultado – el hombrecillo sonrió satisfecho con la intervención realizada.

- Me alegra el detalle y alabo vuestra suspicacia. Ya que me habéis identificado perfectamente como novicio en el lugar sin haberme visto el rostro siquiera...

El tabernero enrojeció súbitamente, y toda su satisfacción fue eliminada con un jarro frío sobre su cabeza, que descendía por su espalda en forma de escalofrío.

- Agradezco el trato de distinción que me dispensáis, no creáis que no tengo consideración. Aunque sea fruto del temor hacia mi persona si no me

agrada vuestro servicio, más que a mi condición de forastero – el tabernero había bajado completamente la mirada avergonzado y temeroso.

- No temáis, no echaré ninguna maldición al recinto, ni os convertiré en sapo, ni ninguna artimaña semejante. Vos no tenéis la culpa de la desidia y la ignorancia hecha miedo que anida en las almas de todos los presentes, incluso en la suya. Alzad el rostro y no os sintáis avergonzados por vuestro comportamiento, es ley de vida. El hombre es débil, muy débil, y teme todo aquello que desconoce.

Maese Centenford se fue atreviendo a levantar la mirada de nuevo, pero con cautela y un inmenso respeto.

- Bueno, pero basta de responsos. No he venido a provocar un examen de conciencia. Desearía una habitación, a ser posible apartada del resto.

- Lo siento señor, pero no me queda ninguna libre... – pronunció en un tono más humilde que si estuviese en audiencia ante el mismísimo rey de Ankhор.

- Creo que quieres enojarme posadero – el tono de sus palabras mostraba contrariedad, mas no perdía las maneras suaves y cordiales -. ¿Pretendes hacerme pensar que tienes la posada repleta teniendo el establo prácticamente desierto?

- Son malos tiempos, señor, la gente viaja a pie en su mayoría.

La soltura de la respuesta no daba indicios para pensar en que no fuese veraz. Además, no estaba desprovista de cierto sentido. Con un fino movimiento el encapuchado introdujo la delgada mano, huesuda, de tinte claro, entre las cenefas de la espesa túnica y extrajo un saquito de piel, cerrado con un bonito cordel dorado. Lo depositó sobre la mesa sin provocar el tintineo de su contenido.

- Creo que deberías rebuscar en tu memoria, posadero, porque creo que no me estás mostrando toda la verdad.

El hombre cogió el pesado saquito de la mesa y observó con disimulo su contenido. Sus ojos reflejaron el brillo del metal, al igual que una expresión de sorpresa, mas no de codicia.

- Es muy halagadora su oferta, señor, pero...

- Necesito una habitación. Y tiene que ser en esta posada. ¿Lo comprende? – sin esperar una respuesta añadió –. ¿Tienes algún cuarto para alquilarme o no?

- No le he mentido, señor. Tengo las habitaciones plenas. Tan solo tengo libre un pequeño habitáculo en la buhardilla dotado de un camastro y una mesilla. Lo usamos para situaciones extraordinarias y de necesidad.

- Esta lo es – le atajó –. Será perfecto para mis necesidades.

- Pero... yo no pensé que alguien como usted estuviera dispuesto a ocupar tan precaria estancia. Y esta cantidad de dinero...

- En adelante, si no le importa, pregúnteme antes de dar nada por hecho. Creo que se va a llevar más de una sorpresa.

- Sí señor, disculpe mi osadía.

Parecía que los habitantes de Klum seguían considerando a los de su casta como nobles o aristócratas, amantes del lujo y las comodidades. No sabía que lo único lujoso en su vida eran los templos alzados en honra de las divinidades. Pero no estaba de más que continuasen engañados durante algunos siglos más...

- Me gustaría que me condujese lo antes posible a mi aposento. Necesito descansar y ya es una hora avanzada. Aunque el resto de acompañantes no parece pensar lo mismo – señaló, resaltando el altísimo grado de ocupación de la sala.

- En verdad es pronto para acostarse, pero como desee.

Apenas había dado cuenta de la mitad de la comida dispuesta en el plato, y otro tanto con el licor; pero parecía que había dado la cena por concluida. Cogió el plato y lo depositó en el suelo junto a Töll, que alzó la cabeza expectante ante la llegada de su cena y dio cuenta de ella en un par de bocados.

- Si no le importa ir saliendo, enseguida me reúno con vos en el exterior. Tengo que ultimar un detalle.

El tono del posadero era más bien una súplica que una petición. Sobre todo a medida que iba formulando la misma y vió como el hueco de la capucha se volvía hacia la puerta que conducía hacia los aposentos.

- Oh, sí. No importa.

Comprendía el peligro que podía causar al negocio, o incluso a la propia persona del posadero, el hecho de albergarle en su casa.

Se dirigió a la entrada lentamente, consciente de la inquietud que volvía a despertar entre todos los asistentes.

Un hombre se levantó bravucón de improvisto, azuzado por el alcohol, derribó un taburete a sus pies y se interpuso en su camino. El silencio se hizo en la taberna de inmediato y todas las miradas se volvieron hacia la pareja. Töll se adelantó presto a atacar al hombre. Un leve movimiento del personaje de la túnica, con la palma de su mano vuelta, le disuadió de la idea.

- ¡¿Por qué no te vas de aquí, aliado del demonio, y nos dejas en paz?! – increpó sin mucha coherencia y exultando un tufo a alcohol que resultaba repugnante al par de palmos que les separaba.

No respondió a la ofensa con palabras, una agresión al hombre, física o verbal, sería la mecha que desataría su fulminación instantánea a manos de la multitud, que estaba ya expectante, asiendo incluso sus armas. Nada podría hacer contra toda aquella gente atacándole, pero eso ellos lo desconocían...

- Syamàntrá. – Una sola palabra, siseante y pronunciada con un extraño acento, manó de sus labios. Un preciso movimiento de sus dedos pulgar e índice de la mano derecha hizo el resto.

Un destelló surgió de entre las yemas de los dos dedos, y la mesa del hombre y sus compañeros comenzó a arder. Expresiones de asombro y temor inundaron el vaporoso ambiente. Los hombres saltaron hacia atrás sobrecogidos. Uno de ellos incluso cayó al suelo del susto. Nadie más se movía, pero todos rebullían inquietos. El hombre y sus dos compañeros se retiraron prestos de la mesa, de la que manaban unas llamas azuladas.

El tabernero acudió al lugar del enfrentamiento y con poderosa presencia intentó zanjar el asunto a su modo.

- ¡Basta de riñas! No consentiré tamaña falta de respeto en mi local. Haga el favor de acompañarme al exterior. – Acompañó su orden cogiendo por el brazo al misterioso personaje y guiándole a la salida.

Mientras, la muchacha apagó las llamas con un paño húmedo y el agua de un caldero, y convidó a una nueva ronda de cerveza del mediado barril.

Toda la clientela se mostró satisfecha con la resolución tomada expulsando al sospechoso forastero del lugar, y con la gratificación que iban a recibir a cambio.

La noche se había tornado más fría aún y la helada ya había cubierto todo con una fina capa brillante. El sudor producido en el caluroso interior, que bañaba su piel y pegaba el aterciopelado género contra su cuerpo, se transformó del ardiente caldo a la punzante escarcha en unos instantes. Su cuerpo comenzó a temblar apenas había dado un par de pasos sobre la calzada.

- Ruego disculpe tan bochornoso acto y espero que comprenda mi postura...

- No se preocupe. Entiendo su situación y agradezco las molestias.

Las contraventanas que daban al establo estaban cerradas y nadie les vio cruzarlo en dirección a la puerta que lo comunicaba con la posada propiamente dicha. Se oía cómo en el interior del local habían surgido chanzas y bravuconadas exaltando el peligro que habían pasado y alardeando de cómo se hubieran desecho del encapuchado.

El hechizo realizado era muy elemental, un simple destello ígneo. El aguardiente derramado sobre la madera había hecho el resto del sobrecededor acto. Pero las incultas mentes de los asistentes no podían percatarse de tan sutiles detalles, y eso siempre era una baza favorable.

Maese Centenford le guiaba cerrando la comitiva inquieto, comprobando con la mirada vuelta hacia ningún lado y hacia todos, que nadie pudiera observarles entrando en la posada. Se adelantó, y con una labrada llave abrió la puerta y penetraron en el entramado. El calor volvía a ser bien recibido por el destemplado cuerpo.

- ¿El animal?

- Duerme conmigo, no se preocupe. No dispensa ningún cuidado especial y está bien enseñado.

No pareció convencerle la idea, pero no estaba la situación para poner reparo alguno. Una vez en el interior de la casa se mostró mucho más calmado, a salvo ya de miradas problemáticas.

- Acompáñeme al piso superior.

Se recogió los faldones para no pisarlos al subir los escalones y siguió al posadero. Les guiaba escaleras arriba, escasamente iluminadas, a su parecer, por candiles que esperaban en cada rellano. Töll husmeaba cada rincón y dotaba a la subida de los tres pisos del ruido inocuo de sus pisadas bruscas y duras.

- Me comentó que era necesario que se hospedara en esta precisa posta. ¿Puedo preguntar por el motivo de tal urgencia?

- Sí, puede. Necesito permanecer aquí una temporada. Tengo que esperar a alguien.

- ¿Un amigo o familiar? Si me lo describe quizás pueda informarle de si ha estado por aquí últimamente...

- Digamos que sea un amigo – no era preciso el tiempo verbal empleado pero no podía explicar al hombre cuáles eran sus motivos. Hasta el momento era un perfecto desconocido, pero, si sus premoniciones no erraban, pronto sería alguien cercano –. Y no creo que sepa de él ya que nunca ha estado aún en esta posada.

- ¿Entonces cómo sabe que pasará por aquí?

- Vendrá. – Fue toda la respuesta recibida.

El posadero comprendió que su curiosidad ya empezaba a poder ser impertinencia y cejó en las preguntas.

- El dinero que le he entregado cubrirá mis gastos durante un tiempo. Cuando haya rebasado el importe comuníquemelo y le pagaré más.

- De acuerdo, así lo haré. Pero tendrán que ser muchos los días para cubrir todas esas monedas.

El huésped pareció no prestar mayor atención a su matización.

- Cargue también a las monedas el importe del barril de cerveza con el que ha convidado. Me siento responsable de ese gasto, tómelo como una forma de agradecimiento por las molestias ocasionadas.

- No hay de qué, señor – respondió complacido y sorprendido a partes iguales.

Ya habían llegado a la buhardilla. Un reducido rellano era lo único que acompañaba a la puerta y el inclinado tejado al fondo de la escalera. La habitación más próxima se hallaba una decena de escalones más abajo, tendría la soledad que esperaba disfrutar.

La estancia era pequeña, sobria y sin ningún atrezo, pero estaba limpia y parecía estar ampliamente iluminada, a razón del enorme tragaluz que se abría en la transversal techumbre. El posadero encendió una vela que reposaba sobre la mesilla y esperó la aprobación de su huésped, que observaba con cuidado todos los detalles, a juzgar por el movimiento de la capucha.

El animal ya se había acomodado en un rincón que parecía de su agrado, y observaba con placidez a su dueño.

- Servirá.
- Entonces, si no precisa nada más, me retiro.- El hombrecillo se colocó junto al dintel impaciente por volver a la taberna.
- Solo dos cosas más. Nunca irrumpa en la habitación sin mi permiso. Y deje de tratarme de señor. Puede llamarle Shiamay.

El personaje retiró la capucha hacia atrás liberando una auténtica maraña de gruesos cabellos rizados que cayeron casi hasta su cintura con una lánguida pesadez, fruto más de la represión de la capucha que del peso del ligero cabello.

El tabernero no cabía en sí de la impresión recibida al observar aquel rostro femenino. Un rostro de finos y marcados rasgos, angulosos y suaves, que enmarcaban unos oscuros luceros azabache que repelían el brillo de la llama con una intensa profundidad.

Acto seguido cerró la puerta y bajó raudo las escaleras rumbo a su taberna.

La mujer se apoyó sobre la pared y dio un profundo suspiro. Había sido mucha la tensión soportada y por fin podía relajarse con alivio. Antes de separarse de la madera examinó concienzudamente la estancia, como buscando algún detalle oculto que rompiera la monotonía de la madera vieja. Extrajo del interior de su túnica un volumen de tamaño medio, el cual estaba hábilmente camuflado entre el negro mar de tela, que escondía muchos secretos, aparte de encubrir su femenina figura. Dejó caer su zurrón sobre la cama y soltó el cierre de su cinturón depositándolo con delicadeza sobre la mesa. Levantó su túnica y la fue deslizando por su figura hasta liberarse totalmente de su suave abrazo. Doblándola un par de veces con cuidado y desmedida precisión la depositó junto al cinturón y el libro.

El calor de la posada era sofocante y el abrigo de la túnica había sido un pequeño martirio. Su cabello se encontraba humedecido en sus raíces y en las puntas que habían tenido un prolongado contacto con su húmeda piel. Sus ropajes se pegaban a su piel incómodos, se adherían como deseando no desprenderse ni un ápice de su contacto.

A veces se preguntaba si tantas molestias compensaban el mantener oculta su condición de mujer en todo momento. Pero una segunda andanada de ideas, más sensatas y menos impetuosas, la convencían categóricamente de que era imprescindible para su integridad física.

La noche era fría y la estancia, por su disposición, participaba de lleno del gélido aliento de la nocturnidad. Las ropas sudadas no le proporcionarían ni amparo ni beneficio alguno. Se desprendió de la blusa y las enaguas y se acostó en el rústico camastro desnuda. La gruesa manta era áspera y le producía picor, pero parecía indispensable para no pasar destemplada la velada.

Hubiera necesitado asearse un poco, pero parecía que por este día iba a ser imposible. Se encontraba incómoda con todo su cuerpo impregnado de rancio sudor y de la consistente hediondez de la cantina. Su cuerpo tiritaba levemente y el sueño parecía el mejor escape para este final de jornada tan poco propicio. A la mañana siguiente debería pedir al posadero una palangana y trapos para el aseo, un taburete para poder sentarse a la mesa y una sábana. Ahora era momento de reposar del largo viaje.

Apagó la titilante llama de la vela con un penetrante soprido de sus perfilados labios, y se acomodó en el lecho, no era su cama de plumas, pero había pernoctado en catres mucho más precarios.

Sus ojos surcaron la negrura para encontrarse con las brillantes pupilas purpúreas de Töll, que surgían en la oscuridad como dos menudas linternas. Su fiel compañero la observaba. Sabía que a pesar de la falta de luminosidad, los ojos del animal le permitían verla con gran nitidez, y que velaba su sueño hasta que su respiración le indicaba que ya se encontraba en pleno letargo.

- Bueno, Töll, parece que vamos a pasar una temporada en este sitio, no está tan mal, ¿no?

El animal respondió con un gorjeo casi imperceptible de su garganta. Y apoyó su ancha mandíbula sobre la madera sin dejar de observarla fijamente,

con esas cuencas desprovistas de párpados que encubriesen su rasgada forma.

- Buenas noches.

El animal volvió a responder con un suave rumor.

Cerró los ojos he intentó conciliar el sueño. Pero los pensamientos que deambulaban por su mente, como perdidos viajeros que buscan, sin mucho interés, un destino adonde encaminar sus pasos, no se lo permitían. No podía apartar la idea de los designios que la habían llevado a ese lugar, en ese puntual momento, a esperar la llegada de un individuo, que hasta ese instante, solo existía en sus sueños.

Pero no tenía miedo al fracaso. Era inmensa la empresa que se le había encomendado y no podía permitirse el lujo de fallar, de faltar a la confianza depositada en ella, de faltar a su compromiso con todo Anheron. No podía.

Una oscura oleada de oníricas ilusiones fue apoderándose de su mente, como una riada en tiempos de crecidas, arrasando de su intelecto todo rastro de elemento racional. Llevándola al mundo de los sueños en breves instantes.



Descubre más sobre este libro en [www.anheron.com](http://www.anheron.com)